

De nuevo frente a un 8 de marzo y ante la necesaria reflexión sobre la igualdad y el reconocimiento en la calle de las mujeres. En esta ocasión, nos preguntamos ¿estamos todas reivindicando los derechos humanos base de la igualdad que proclamamos? ¿los estamos reivindicando para cada una de nosotras, para cada una de las mujeres distintas que vivimos en nuestros barrios, pueblos y ciudades? ¿estamos reclamando los derechos humanos para las mujeres migrantes, para las gitanas, para las mujeres pobres, en definitiva, para aquellas que no se parecen a nosotras?

Desde el año 2018 se llenan las calles de mujeres (y hombres) gritando “basta” a la palpable violencia que sufrimos las mujeres y reclamando una igualdad que las estadísticas se empeñan en anunciar que no se cumple. Ni en el mundo ni en nuestras sociedades europeas.

Mientras suponemos que avanzamos en políticas de igualdad, las oportunidades reales, concretas y para el conjunto de las mujeres se siguen alejando cada día, algunos datos significativos y aparentemente imperceptibles así lo reflejan. Puede parecer una contradicción, pero es la misma realidad poliédrica, progresamos, pero la brecha de desigualdad se ensancha. Cambiamos para que todo siga igual.

Estamos en un escenario socioeconómico y político que se mimetiza con nuestras reivindicaciones incluso, supuestamente, nos las “concede” pero a la vez expropia y despoja progresivamente de su dignidad, por otras rutas más invisibles, a las mujeres más vulnerables y pobres de nuestras ciudades o en otros lugares del planeta.

La igualdad entre hombres y mujeres que reclamamos tiene una trazabilidad económica, y política (de participación social y de acceso a derechos fundamentales) cuyo punto de partida para muchas mujeres de nuestros entornos es una muralla insuperable. No acceden al mercado laboral por falta de papeles, no tienen reconocimiento jurídico o no cumplen requisitos para acceder a prestaciones. Son muchas las mujeres que no participan de los bienes económicos ni políticos de las sociedades en las que viven.

La igualdad tiene a su vez entre las propias mujeres una trazabilidad intergeneracional, de clase social y económica, funcional, religiosa, de culturas y orígenes diferentes que nos reclama reconocimiento y apoyo a las mujeres más empoderadas.

Para estas mujeres la igualdad es un imaginario líquido, un espejismo social inalcanzable sobre cuyas espaldas se sostiene este sistema socioeconómico claramente injusto con sus vidas, y es un deber moral preguntarnos si, además, sostienen nuestro estatus social y nuestra igualdad.

Algunos datos que dan que pensar en nuestras reivindicaciones los 8 de marzos.

La feminización de la pobreza en Euskadi.

El primer dato nos lo remite Foessa¹ en el Informe sobre exclusión y desarrollo social de Euskadi 2019, de todos los hogares en situación de exclusión (moderada y severa) el peso de los hogares sustentados por mujeres es del 51,7% superando el de los sustentados por hombres (48,3%).

Por tanto, a diferencia de lo que ocurre en otras comunidades autónomas (salvo Navarra, Asturias y Galicia), puede hablarse en Euskadi de un proceso claro de feminización de la exclusión, al menos desde el punto de vista de la persona sustentadora principal de los hogares y cuando se tiene en cuenta el conjunto de las situaciones de exclusión.

Esto se refleja también en la renta de garantía de ingresos cuyas receptoras en su mayoría son mujeres junto con el dato creciente publicado² a finales del año pasado donde un total de 1.406 mujeres víctimas de violencia

¹ Foessa en el Informe sobre exclusión y desarrollo social de Euskadi 2019 pg. 75

² Diario vasco por Marta Fdez. Vallejo 16 noviembre 2019

de género recibieron la Renta de Garantía de Ingresos y, entre ellas, a casi medio millar se les asignaba la ayuda por primera vez.

Las labores de cuidado crecen sobre las espaldas de las mujeres migrantes.

No hemos conseguido que el Estado o las administraciones públicas asuman el cuidado como valor social, ni que los hombres cuiden, y hemos transnacionalizado mano de obra femenina en una cadena de cuidados donde otras mujeres se ven abocadas a abandonar a sus hijos e hijas y personas mayores en sus países de origen, para cuidar a hijos e hijas o personas mayores en el país de destino.

Los datos del servicio doméstico en España³ marcan esta tendencia de crecimiento que ocupan mujeres migrantes altamente precarizadas y socialmente muy vulnerables. En Euskadi, el octubre pasado, la consejera de Trabajo y Justicia del Gobierno vasco, María Jesús San José, destacó en relación con el servicio doméstico en Euskadi que «un 30% de las trabajadoras –la inmensa mayoría mujeres– trabaja en negro, y una de cada tres trabajadoras es de origen extranjero». El servicio doméstico constituye el «principal nicho laboral del conjunto de la población inmigrante en Euskadi»⁴

Además de abandonar sus países de origen muchas de estas mujeres migrantes llegan a nuestras ciudades sin recursos económicos, con menores a cargo y con una situación administrativa irregular que le impide el acceso al mercado laboral o a prestaciones sociales.

El número de mujeres abocadas a la prostitución y la trata aumentan en nuestras ciudades.

España es el país europeo con mayor demanda de sexo pagado y el tercero a nivel mundial. Según Naciones Unidas⁵, el 39% de los varones españoles ha pagado en alguna ocasión por mantener relaciones sexuales y el 80% de las personas en situación de prostitución son o han sido víctimas de trata. Además, España no es solo líder en consumo de prostitución, también es uno de los principales destinos de tráfico de mujeres del mundo.

Estos datos de prostitución y trata son escandalosos y marcan una brecha clara en el imaginario igualitario y en un Estado que se define democrático, que desarrolla políticas de igualdad de oportunidades para las mujeres y que, a su vez, canaliza o no ataja procesos de caída y desamparo exponencialmente más dañinos para las mujeres más vulnerables que viven en nuestras ciudades.

La igualdad que reclamamos no es un privilegio sobre el cual sostenemos nuestros estilos de vida y nuestro progreso personal mientras otras mujeres más invisibilizadas soportan mayores grados de desigualdad y violencia en nuestras ciudades. Una sociedad igualitaria la construimos junto con aquellas que tienen más dañado sus derechos sociales y multiplicando posibilidades reales y concretas para ellas. Si no contamos con ellas la suma del movimiento en la igualdad que hagamos seguirá siendo cero o la brecha se ensanchará.

Avanzamos con gran esfuerzo y cada 8 de marzo tenemos muchas razones para la celebración. Pero, hoy, también y sobre todo, nos proyectamos en los retos de los 8 de marzo con los rostros de otras mujeres que nos rompen este espejismo de la igualdad. Como propone Emakunde en su lema sin cadenas, pero en cadena. Miremos donde se rompe la cadena. La pobreza, la prostitución y la trata, la crisis de los cuidados están ganando la batalla de la igualdad.

³ Asociación AD Los Molinos, Estudio mujer migrante en el servicio doméstico. Análisis de la situación laboral e impacto de los cambios normativos Madrid 2017 pg.17.

⁴ El Correo: 04-10-2019, Euskadi es la comunidad que más gasta en empleo doméstico con Madrid, Navarra y Murcia

⁵ APRAM, *Guía de intervención con víctimas de trata para profesionales de los medios de comunicación*, Madrid 2015 pg.18.